



**RÉQUIEM
POR UN
GUERRILLERO
OLVIDADO**

JOSÉ FERNÁNDEZ BELMONTE



MURCIA

2021

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Réquiem por un guerrillero olvidado”

© José Fernández Belmonte, 2021

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2021

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

Ilustración de portada: Carlos Pardo Gómez

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-123161-6-2
Depósito legal: MU 457-2021

Printed in Spain - Impreso en España

PRÓLOGO

“Cualquier momento puede ser el último. Todo es más
hermoso porque estamos condenados”

La Ilíada. Homero

El trauma —y la heroicidad— que palpita en los hombres enfrentados en las guerras logró acabar con el lenguaje oral al atrapar en un papel: ¡las palabras! El comenzar de la escritura, atizado por la ira funesta de Aquiles, quedó así al resguardo en lo eterno. La hazaña gestada por Homero fue inmensa. Con el inicio del alfabeto (siglo VIII a.C.) y sus infinitas combinaciones, se acabó con la amenaza constante de olvidar los saberes e historia que cada civilización había ganado poco a poco. El lenguaje alado, sonoro, se cristalizó en las palabras escritas. Los griegos atraparon los ecos de las voces y las estrellaron sobre las superficies planas de las escrituras. Hoy, leemos la Ilíada y la Odisea tal cual la pensó Homero, sin embargo, no sabemos quién era. Como el Emperador romano Adriano frente al oráculo de Delfos, continuamos preguntándonos: ¿Dónde nació Homero y quiénes fueron sus padres?

Un desconocido encontró la llave del infinito.

La cultura, que tanto debe al incalculable legado de los griegos, se cimentó sobre lo escrito y lo escrito remite a héroes, guerras, viajes, esperas,

familia y amores. La epopeya de la Ilíada narra el fatigoso camino de recuperación de un pasado traumático. Su protagonista, Aquiles, es un héroe atormentado por la rabia y la pena. Estos fermentos espumarán la literatura: argamasa alfabética capaz de moldear el legado de la memoria. Pero en la actualidad, ¿qué tipo de forma narrativa darle a las contiendas y sus consecuencias? La métrica poética abandonó los campos de batalla años ha y la novela nos desvela el pretérito.

“Réquiem por un guerrillero olvidado”, la primera novela de José Fernández Belmonte que tiene usted entre sus manos, sitúa al lector en una acción que se desarrolla entre dos tiempos paralelos. Oscila entre el presente mostrenco, las cuitas acontecidas a ancianos desmemoriados como Alfredo, mientras, en paralelo, también nos topamos con personajes vividos (y vividores) como Rodolfo Antúnez. Este último será quien nos guíe hacia un linde casi escondido de la historia de España. Un episodio bélico acaecido cinco años después del final de la Guerra Civil Española al que llamaron Operación Reconquista. Búsquense un sitio tranquilo para leer. Antúnez, es un magnífico seductor, un centinela alerta contra el olvido. Con gran despliegue de imaginación, su alambicada retórica de recuerdos nos atrapa, sabe guiarnos como a niños expectantes. Su remembranza, escrita a la manera de un diálogo de réplica de unos con otros, da voz a españoles desplazados, forzados a desaparecer en un espeso silencio y a ocultarse, tras los brumosos lindes, a los represaliados de la Guerra Civil Española. El día a día que nos borda Antúnez respunta el desconuelo de la derrota, el

intento por pacificar las relaciones cotidianas, los agravios entre pares, la huida hacia el olvido... Evidencia el miedo impuesto por la jerarquizada sociedad franquista gustosa de controlar férreamente vidas propias y ajenas. Un control, sobre el otro y su memoria, que solo pudo ser remediado con la promulgación de la Ley 52/2007. En el texto de la Ley de Memoria Histórica (27/12/2007) en la que se reconocen y amplían derechos, también se establecen medidas a favor de las víctimas que padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista.

Decía Michel de Montaigne: la palabra es mitad de quien la pronuncia, mitad de quien la escucha. Ejemplo de ese juego de a dos —como mínimo— es este libro “Réquiem por un guerrillero olvidado”. Uno escucha, otro cuenta. Así comenzó la novela moderna. Alonso Quijano fabula, Sancho Panza escucha sus historias. ¡Sabio Panza! Escuchar al otro requiere paciencia, respeto y curiosidad. Tres premisas que cumple y guían la acción pausada del protagonista: un hombre del que vamos a desconocer siempre el nombre. Cuando damos importancia a la escucha, tomamos conciencia de qué supone. Es algo más que una simple capacidad personal. En los tiempos presentes de prisas y correvela, acaba siendo una actitud ante las personas que nos rodean y por ende ante la vida en general. Escuchar es la única forma de estar presente ante los acontecimientos sin ser un mero espectador. La escucha atenta te convierte en sujeto activo al participar de las emociones que afloran dentro del otro haciéndonos ser consciente de ello. Recuerdo. En este réquiem —acto de celebración a los difuntos—, resulta sencillo sentirse identifi-

cado con ese hombre anónimo. Él será el oficiante que nos guíe por el relato del republicano Rodolfo Antúnez; enigmático y ubicuo personaje con capazos de historias para tirios y troyanos. Igual chismorrea en el salón que, acomodado en su sillón de mimbre, desgrana, con la algarabía de un bardo, los recovecos de una vida de aventuras. Las historias acuden a su cabeza con la cadencia oriental de una Sherezade apostada en una residencia de ancianos. Una ubicación en extremo paradójica. Los centros, donde internamos a nuestros viejos, son las salas en las que se teje —y desteje— el sudario de los recuerdos/urdimbres a cada minuto que pasa.

De entre las narraciones, Antúnez describe con ahínco el último plan estratégico de los maquis para derrotar a Franco: la Operación Reconquista. Una misión militar tan ambiciosa como descabellada que aconteció realmente en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, en 1944. Tras años de lucha, los guerrilleros españoles exiliados en Francia y agrupados en torno a la UNE (Unión Nacional Española), promovida por el PCE, piensan que las tornas han cambiado. Abandonados por las democracias europeas durante la Guerra Civil, consideran que ahora que se acerca el final de la Alemania nazi y de la Italia fascista, los Aliados les apoyarán en su lucha contra la España franquista. Su entusiasmo les lleva el 19 de octubre de 1944 a lanzar la llamada Operación Reconquista sobre varios espacios como el valle de Arán. Su finalidad es liberar una pequeña porción del territorio español para instalar un Gobierno de la Segunda República y forzar la vuelta al apoyo a su causa. Pero de nuevo serán relegados ante el

temor de las democracias occidentales a la Guerra Fría y al comunismo. Su abandono se sellará definitivamente con el apoyo por parte de los EE.UU. —1953— al régimen franquista, un socio fiel en su lucha frente a los soviéticos. Fue Santiago Carrillo —según cuenta en sus memorias— el encargado de asumir el fracaso de una operación militar que acabó con todo rastro de comunismo dentro de la península en la posguerra. Los que emprendieron la acción militar, considerados héroes de la Resistencia en Francia y calificados de bandoleros en España, caerán muertos en desiguales combates contra las fuerzas del orden o bajo el piquete de ejecución al ser considerados francotiradores, no militares. Según las estimaciones realizadas en los estudios históricos más recientes, en esta operación militar hubo más de un centenar de muertos, medio millar de heridos y más de doscientos prisioneros. Abruptamente concluye así el último intento de restaurar la Segunda República.

En la tragedia griega había una sola cosa que, a pesar de la fuerza ejercida en contra, podía contrarrestar o lograr que una persona sobresaliera más allá de tiempo: ¡las palabras!

El tono quedo de narrar de Antúnez es preciso. Sabe que desde que Homero escribiera la *Ilíada* y la *Odisea* las palabras que cincelan grandes acciones, traían y siguen trayendo el reconocimiento y, sobre todo, la oportunidad de ser recordadas hasta el infinito. Gutenberg avisó: 'la imprenta es un ejército de veintiséis soldados de plomo con el que se puede conquistar el mundo'. Antúnez, atleta de la memoria, sabe que convirtiendo la gesta en una épica narración, lograría la tan anhelada gloria y

con ella la inmortalidad. Quizá sea muy poca cosa, pero como criaturas mortales que somos, tal vez sea esa gloria y esa inmortalidad grabada en los libros, lo único a lo que podemos aspirar una vez muertos.

“Permítanme no morir sin gloria y sin lucha, pero permítanme primero hacer algo grande que se contará entre los hombres en el más allá”.

La Ilíada. Homero

Mara Mira

Nunca quise ser escritor, de hecho, esa palabra me queda demasiado grande. Para que ustedes pudieran conocer esta historia me he visto en la obligación de hacer algo para lo que no me sentía, ni me siento, lo suficientemente preparado, pero, sin embargo, hete aquí la obra de un escritor sin identidad, que escribe sobre un hombre sin identidad, y sobre la parte oscura de un país que, tras varios siglos, aún lucha por encontrar su propia identidad.

Mi identidad, por tanto, es lo de menos.

Él me llamaba sobrino.

RÉQUIEM
POR UN
GUERRILLERO
OLVIDADO

El tío Alfredo, que en realidad no era mi tío sino el de mi esposa, siempre fue una persona muy particular. *Como todas las personas*, podréis pensar; pero os aseguro que este buen hombre podría entrar con el pie derecho en la Asociación Internacional de Frikis y Personas Psicológicamente Desiguales, o llegar a ocupar un alto cargo en la Liga de Personas Escasamente Dotadas para la Convivencia. *Esas asociaciones no existen*, me vais a decir a continuación; bueno, si en los Estados Unidos existe la Asociación de Amigos del Rifle... queda demostrado que todo es posible en esta imprevisible vida.

Cuando el tío Alfredo nació, sus padres rompieron el molde para que fuera irrepetible y genuino; como siempre hay un roto para un descosido, a su debido tiempo encontró a su mujer, la tía Flora, con la que llevó una vida en la que no hubo hijos pero sí sobresaltos a mansalva. Hubo además unas cuantas sobrinas, que no sobrinos, que ayudaron a su tía a sobrellevar la vocación de aquel hombre que siempre decía que trabajaba en el alambre, lo justo, justo, para no morir de hambre pero siempre con la sonrisa, o la carcajada desahogada, al alcance de la boca.

Otra cosa no, pero aparente sí lo era. Metro ochenta de estatura, siempre de traje y corbata, hablar pausado, sonrisa perenne... y autor del filosófico argumento *¡Desde luego!* con el que respondía a todos y cada uno de nuestros comentarios.

—Tío Alfredo, ¿este año quién ganará la Liga, el Barça o el Madrid?

—¡Desde luego! —respondía él, tronchándose de la risa.

—Tío, yo creo que todos los políticos son iguales y si alguno destaca es para peor.

—Desde luego —respondía él, pusilánime y cariacontecido.

—Tío: ¿crees que lloverá esta tarde o no?

—¡Desde luego! —exclamaba circunspecto, mirando hacia el horizonte, como haría un gran analista internacional durante un mitin delante de sus fervientes seguidores. Porque el tío Alfredo era genio y figura. Bueno, en realidad, bastante más figura que genio.

Al tío Alfredo no le habían destinado a gozar de las mujeres; siendo mozo había ingresado en el seminario de Orihuela como fraile lego, junto a un primo suyo, pero a los pocos días, al ver que sus hermanos le daban demasiado trabajo en el convento, lanzó la azada por encima de la tapia, siguió al apero a fuerza de manos y pies y logró escaparse. *¿Para qué tiraste la azada, tío Alfredo?*, le preguntábamos los sobrinos de vez en cuando, a lo que él, encogiéndose de hombros, respondía: *¡Desde luego!*

Estuviera medio lelo o no, toda su vida consistió en ir bien arreglado y no abrir la boca demasiado; de lo demás se encargaba generosamente la tía

Flora. Y era mejor, mucho mejor para todos, que así fuera; confiad en mí. Por desgracia, antes de lo que todos habríamos querido, la tía Flora se fue para el otro mundo y nos dejó a todos en herencia a aquel niño de ochenta y cinco años y de tan modestas entendederas.

Los primeros dos meses después de quedarse viudo los pasó rindiéndole culto al cuerpo. Se metió en los bronquios dos cohíbas Lanceros al día, como los apoderados taurinos y los ministros sin cartera; deleitó a su hígado con una botella de vino en cada comida, un rioja de Pago de Carraovejas a poder ser, y fingió ser el propietario de una gran cadena de perfumerías a ver si así seducía a alguna de las mucamas de la vecindad, que no tenían el cutis tan destrozado ni la mente tan perdida como para hacer caso de sus insensateces.

Al cabo de esos dos meses, al tío le detectaron un cáncer tan extendido por su aparato digestivo que, tras someterle a una intervención de urgencia por aquello del qué dirán, los médicos nos informaron de que le quedaban como mucho seis meses de vida. Las cuatro dispuestas y aguerridas sobrinas, organizadas en un Comité de Crisis, decidieron que el tío requería unos cuidados médicos y paliativos que en sus casas no les iban a poder ofrecer —aparte de que la que no tenía la agenda llena, tenía un perro muy celoso de su espacio— y dispusieron su ingreso en la residencia geriátrica Santa Rosa de Lima, un ingreso al que el tío Alfredo, a quien solo consultaron cuando ya iba en el coche de mi mujer rumbo al asilo, respondió con un animoso *¡Desde luego!*

Los primeros días transcurrieron en paz; paz para el tío Alfredo, para sus enfermeras, para los

demás residentes y para nosotros, sus sobrinos, hasta que el efecto de los analgésicos se fue disipando. Entonces empezó a decir que se sentía enclaustrado en aquella residencia, que a su juicio estaba llena de chatarra.

—¡Aquí no hay nada más que chatarra! —Como si él tuviese la fuerza física y la piel de acero de un Terminator.

—¡Estoy cansado de estar rodeado de viejos! —Como si fuera un quinto a punto de incorporarse a filas.

—¡Quiero irme a mi casa, coño! —gritaba enervado, ante la mirada estupefacta del resto de residentes y de sus abnegados cuidadores.

La cabeza del tío le decía, de la mañana a la noche: *¿Qué haces aquí? ¡Huye! Búscate otra mujer que te mantenga, te planche las camisas, y te lave los calzoncillos...* Sin embargo, su cuerpo no le obedecía. Y él se sentía doblemente secuestrado, consumiendo sus últimos días no solo en las instalaciones asépticas e impersonales de la residencia, sino teniendo que sufrirlo encerrado en un cuerpo que cada vez se le iba haciendo menos obediente, más ajeno.

Fuera a consecuencia del cáncer, o por el paso inexorable de la edad, poco tiempo después de su ingreso sufrió un infarto cerebral que le convirtió en un vegetal. Pero no un vegetal cualquiera, no; el tío Alfredo quedó con el aspecto de un olmo centenario, hendido por la enfermedad y en su mitad podrido, como habría dicho Machado, esa pobre flor de ingenio que murió desarraigada y aplastada.